

## Éxito político ¿circunstancia o merecimiento?

Alfredo Acle Tomasini©

Resulta irónico que, aun cuando los resultados de cualquier elección se expresen numéricamente, su interpretación siempre estará más cerca de ser un arte que una ciencia exacta, porque la voluntad de millones de electores que se manifestaron de manera anónima y simplificada no puede reducirse al examen de unas cuantas cifras, a partir de las cuales se extraigan conclusiones que, pese a su racionalidad, no pasarán de ser aproximaciones de una realidad harto compleja.

Más complicado resulta el análisis de distintos procesos electorales porque los momentos políticos no son replicables y por ende, tampoco las motivaciones que los votantes pudieron tener en circunstancias específicas. A esto hay que sumar que el marco jurídico que norma las elecciones cambia entre unas a otras, como también ocurre con el número de votantes y cuyo anonimato hace imposible identificar quiénes mantuvieron sus preferencias o en cuál sentido las cambiaron. Quizá lo que sería útil conocer para aquilatar el grado de penetración de la cultura electoral en la ciudadanía, sería el total de electores duros, es decir los que votan regularmente cada tres años.

Pero si lo anterior dificulta las autopsias electorales, la situación se hace más compleja si consideramos que la oferta política tampoco es estática. Por ejemplo, en las elecciones intermedias del 2003 compitieron once partidos políticos y hubo una coalición entre dos de ellos para dieciocho entidades. El pasado 5 de julio participaron ocho partidos y se formaron dos coaliciones bipartidistas con distinta cobertura distrital. Más aún, en el lapso de seis años que medió entre ambas elecciones, cinco partidos dejaron de existir y se crearon dos nuevos. Uno de los cuales acaba de perder su registro.

Por ende, como si fueran interpretaciones de lo que un artista quiso plasmar en una obra de arte abstracto, hemos conocido durante estas semanas una variedad de explicaciones que aun contraponiéndose en ocasiones, pueden tener todas algo de cierto. Sin embargo, al margen de las reflexiones puntuales sobre las causas que finalmente modificaron la representación en el Congreso, vale poner un poco de distancia respecto a las recientes elecciones y tratar de identificar algunos rasgos gruesos que manifiesta el comportamiento del electorado mexicano.

En primer término es destacable que para un número significativo de ciudadanos elegir a los miembros de la Cámara de Diputados no es relevante. En las elecciones de 2003 y 2009 la suma de votantes se redujo en 28 y 18% respectivamente sobre las que les precedieron. Incluso algunos analistas dan a las elecciones intermedias una importancia secundaria y así juzgan la trascendencia de sus resultados.

Lo interesante es que esta manifestación de desinterés, marcha en sentido opuesto a la realidad política del país, que ante el ocaso del presidencialismo ha dado al Congreso un mayor peso en el procesamiento de la agenda nacional, al grado de que muchos ciudadanos cuestionan si su actuación lo facilita o lo entorpece, en virtud de que percibe que sobre sus

intereses se anteponen aquellos de las cúpulas partidistas, lo cual corrompe los principios más elementales de un estado democrático.

Esto explica el movimiento a favor de voto nulo. Fenómeno espontáneo y descabezado que irrumpió en una campaña anodina, y que finalmente se tradujo en un aumento importante de votos anulados, al grado de que si tratará de un partido político estaría peleando por el cuarto lugar; o de que esos votos les servirían a tres partidos para obtener su registro; o al PAN para casi igualar la votación que obtuvo el PRI

No son cifras despreciables. Menos en el Distrito Federal, Estado de México, Jalisco, Puebla y Michoacán donde se concentró la mitad de los 1.8 millones de votos anulados. Esta cifra y las razones que la explican deberán ser de aquí en adelante una referencia para la estrategia política de cualquier partido, sobretodo de cara a las elecciones presidenciales.

Por último, las cifras electorales dejan claro que es mucho más grande el voto volátil que el duro. por lo que éste solo no sirve para ganar las elecciones. Los votantes cambian de camiseta con la misma facilidad que lo hacen los políticos. Si en éstos prevalece el oportunismo, en muchos ciudadanos lo hace la inmediatez.

En suma esto obliga a analizar el éxito como una circunstancia más que un merecimiento. Cuando en política éste se asume como algo innato se inicia un proceso de desprendimiento de la realidad que por lo general termina en desastre.